

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL DISCURSO DE JOVELLANOS,

EN ELOGIO

DE LAS CIENCIAS NATURALES.

EL CUAL SE TITULA:

Meditacion sobre los seres creados y sus relaciones con Dios y el hombre,  
consideradas en el órden de la naturaleza.

---

**L**o comenzarse en el instituto de Asturias la enseñanza de las ciencias naturales, Don Gaspar Melchor de Jovellános, interesado en los progresos de aquel establecimiento literario, quiso determinar á tan importantes estudios el espíritu de aquella juventud. Ningun medio mas á propósito que llamar exclusivamente su atención, no solo hácia las grandes ventajas de la física y química, su influencia prodigiosa en la agricultura, en el comercio y en las artes; sino tambien sobre los primores innumerables con que recrea y embelesa la imaginacion el cuadro de la naturaleza, que mas de una vez ha ocupado las vigi-



lias del sabio y comunicado la inspiracion al genio de la poesia. Ansioso pues el orador de cantar anticipadamente la curiosidad de aquella juventud, feliz renuevo de una generacion que suspiraba por las glorias de su patria, anuncia por principio de su discurso que va á descubrir un tanto ese velo misterioso tras el cual se esconde á los ojos del vulgo una serie de fenómenos, que alimentando el espíritu con útiles verdades, dejan correr al mismo tiempo un manantial perenne de placeres tan puros como satisfactorios.

Estimando como era debido el valor de los conocimientos que habian adquirido ya en el estudio de las ciencias exactas, empieza por anunciarles que ellas serán estériles si no se aplican á la física, puesto que las ideas precisas de cantidad y extension vienen á tener su complemento y á producir su verdadera utilidad, consideradas como instrumento del espíritu para contemplar con fruto esa cadena continuada de seres que admiramos en el mundo visible. De aquí toma ocasion para juzgar con toda la severidad de la crítica las antiguas sectas filosóficas, que sojuzgando la razon y plegando el universo á sus caprichosos sistemas, parecian haber circunscrito los límites del saber humano en la mas fecunda de todas las ciencias, en la ciencia de la naturaleza. Deplora con el acento de un verdadero filósofo la servidumbre penosa de la razon, encadenada muchos siglos bajo el imperio de la autoridad de Aristóteles; pone á los ojos de su escogido auditorio las espesas tinieblas que envolvian el mundo científico, para preparar así de un modo mui bello el acontecimiento feliz en que se vieron disipadas tan luego como alzó su frente desde el centro de la Inglaterra el sublime genio de Bacon. Toca rápidamente las reformas de la filosofía, y no mas que para deducir de aquí la necesidad de hacer á un lado los sistemas, no dejando en el teatro de la filosofía sino la observacion y la experiencia como los medios mas eficaces para promover los adelantos, y como las precursoras infalibles de aquellos descubrimientos que mas han honrado en todas épocas el entendimiento del hombre.

Aquí es donde Jovellanos abandonándose rápidamente á su inspiracion, anuncia que va á recorrer los variados y maravillosos objetos del universo físico: habla con entusiasmo del sol, padre y rei de los astros; muestra cómo él los ilumina y fomenta, y dirige sus pasos, y prescribe sus movimientos; y cómo cada uno de ellos oye su voz, la sigue obediente, y gira en torno de su brillante trono. De aquí baja á la tierra, y vuelve á subir luego á los otros planetas, para ponderar su distancia enorme de aquel centro, y la impotencia en que es-

tá la razon del hombre para tocar los límites de tan magnífico sistema: derrámase por la inmensa muchedumbre de las estrellas fijas: su imaginacion, abrumada primero, cede á la sublimidad de las impresiones confusas, y mira las estrellas como brillante polvo sembrado por el Altísimo en el espacio inmensurable: mas despues, unida con la reflexion estrechamente hacen ambas de cada punto luminoso el centro de otro sistema, descubren de un golpe el cuadro grandioso de sistemas que pueblan el espacio: cuadro sublime y divino, cuyos términos se pierden juntamente con la razon del hombre en el seno del Omnipotente; armonía feliz que Dios parece haber querido mostrar constantemente sobre nosotros, no para hacer sensible su imaginacion á la vista limitada del hombre, como dice Chateaubriand, sino para tener en la region inaccesible quienes prediquen con voz mas fuerte que la nuestra, su gloria y su poder, y para alimentar de continuo las esperanzas del justo, mostrándole en tan sublimes objetos, un bosquejo de aquella inmortalidad que ha prometido á sus virtudes.

Al terminar el orador esta ojeada que habia dirigido á los astros, llama la atencion de los que le escuchan, hácia los objetos que les rodean, como el calorico, principio del movimiento y de la vida; el aire que mantiene la respiracion, purifica la atmósfera, lleva en sus alas á los otros climas mil nuevas generaciones de flores, que cubren, para recrear la vista, la superficie de los valles; si no es que impaciente por salir de las cavernas interiores, rompa las entrañas de la tierra, y haga desaparecer las opulentas ciudades: el mar con sus variadas producciones; la actividad prodigiosa del reino animal; los primores que deposita en su seno la tierra, y los milagros de la vegetacion. Detiéndose particularmente en aquellos objetos que mas admiramos, ya ponderando sus bellezas, ya demostrando su utilidad, ya finalmente convirtiéndolos á su fin, ilustrando así aquella juventud para que distingua en todos los seres de la naturaleza la mano de una Providencia sábia y benéfica, que haciendo sucederse indefinidamente las producciones que mas nos interesan, no pretende mas que prevenir por todas partes las necesidades y deseos de la especie humana.

De intento reserva para el fin hablar del hombre, á quien se complace en ofrecer á la vista de la tierna juventud, como el rei de la tierra y el término de sus estudios, siguiendo la carrera de los astros, regulando el movimiento de los planetas, haciendo á su pensamiento atravesar en un instante inmensas y elevadas regiones hasta llegar al trono august-



to de la Divinidad. En fin, reuniendo en un solo punto el orador lo mas grande y hermoso con que ha ocupado su discurso, le termina con una exhortacion final, para ganar el corazon de los que le escuchan, é inclinar todos sus estudios al conocimiento de las ciencias naturales.

Para seguir con algun fruto la marcha del talento en esta composicion oratoria, es necesario recordar por lo ménos algunos principios generales á que está subordinado este género de alocuciones. Estas reglas son tanto mas importantes cuanto que faltan casi del todo en el "Arte de hablar" de Gomez Hermosilla; quien limitándose á lo puramente didáctico, parece haber olvidado uno de los mas bellos atributos que tanto esplendor y magnificencia comunican á la oratoria, el de vestir las ciencias con las primorosas galas de la imaginacion, el de ostentar en su mayor altura el espíritu del hombre, cuando exalta el prodigio de los descubrimientos científicos con todo el poder de la palabra y colocando al mismo tiempo sobre ellos los brillantes arcos de un hermoso y encantador estilo.

Despues de la elocuencia sagrada, y los géneros deliberativo y judicial en la profana, ninguna tiene mayores títulos que la académica para ocupar con el mayor interes el ánimo de los sabios. A su inmenso dominio pertenece cuanto puede referirse al sistema general de la educacion, á los progresos de las ciencias y de las artes, á las invenciones admirables y á las investigaciones laboriosas. Cuando acometemos una empresa cuyas ventajas parecen desconocidas, el alma necesita de algun estímulo bastante eficaz para no sucumbir al primer ensayo de sus fuerzas. Hai siempre hasta en la gente que parece gobernada solo por el instinto, una propension irresistible á calcular de antemano los frutos de sus tareas, y casi ninguno se mueve sino á impulso de una bella esperanza y sobre una perspectiva que fije de preferencia sus miradas. De aqui viene el grande y generoso empeño en ponderar las ventajas de toda clase de instituciones; y tal es probablemente el origen de los discursos académicos, que destinados á formar esta hermosa perspectiva, arrebatan mui de antemano los deseos de alcanzarla, sin embargo del aspecto vago y confuso con que desde luego suele presentarse.

Mas ningun género es acaso tan difícil de manejar con acierto como este cuando el discurso va dirigido, no á una reunion de sabios, sino á un conjunto de jóvenes que no han alcanzado todavía ni las primeras nociones de la ciencia que constituye la materia de la composicion oratoria. ¿Cómo

remontarse á las mayores alturas franqueando toda la perspectiva, sin dejar al auditorio en la misma ignorancia que ántes acerca de la índole y objeto de la ciencia! ¿Cómo descender á pormenores analíticos sin cambiar los atributos del orador por los pasos lentos y dilatados del institutista! Si la circunstancia de hablar á los *maestros del arte* y á los *hombres eminentes que representaban el esplendor literario de la Francia*, le franqueó una bellísima oportunidad al célebre Buffon para ostentar los nobles atributos del estilo, y manifestar sobre este punto miras grandiosas que debian satisfacer el gusto de los primeros literatos de la nacion; ningun resultado feliz hubiera conseguido dirigiendo su discurso á un auditorio que no tuviese bien recorrido el dilatado campo de la bella literatura: porque sus ideas, superiores con mucho á la comprension ordinaria, no eran capaces de penetrar sino en los espíritus de una eminente sabiduría. La primera mira que debe tener por lo mismo el orador académico es allanar al auditorio el camino de la inteligencia y hablarle de manera que no se malogre para él los frutos de sus meditaciones científicas y de sus tareas literarias. No quiere decir esto que haya de poner al arbitrio de aquel todo el dominio de la ciencia; que le inicie en sus arcanos mas sublimes, que ponga en sus manos el hilo de los descubrimientos y que le franquee en su totalidad la antorcha clarísima del análisis. Se trata de hacerle formar una idea general sobre la importancia del ramo, y no de inculcarle sus principios; se trata de inflamar sus esperanzas, y no de satisfacerlas de antemano con la posesion absoluta del objeto; se trata de herir la curiosidad y apoderarse de la atencion, y no de enriquecer el entendimiento con la demostracion de las útiles verdades. Para esto hai un medio que han empleado con el mejor éxito los grandes maestros, y es el de generalizar las ideas, pero de modo que por un lenguaje comun y un enlace fiel con las nociones adquiridas ya del auditorio, se le haga columbrar, aunque á una distancia enorme y en una especie de perspectiva, el grandioso objeto que arrebató el genio del orador.

Hai sin embargo de esto un grave peligro por la misma necesidad en que se halla aquel de presentar las ideas bajo un punto de vista general, y es el de hacer degenerar el estilo en vago y declamatorio. De aqui la precision de elegir un plan no mui vasto y circunscribir perfectamente sus partes, pues limitando el número de relaciones bajo las cuales se considera la importancia del asunto, el raciocinio tendrá mayor espacio que recorrer y los adornos de la imaginacion,



léjos de disiparse al primer exámen de la crítica, tendrán cierta especie de solidez y no perderán nunca ni el menor de sus atractivos.

Para examinar pues á la luz de estos principios el discurso que nos ocupa, comencemos por el anuncio de la materia. "Pero haciéndoos este anuncio, el amor que os profesó y la obligacion que me impone la confianza del Soberano, me llama á discurrir un rato con vosotros acerca de la importancia del estudio que vais á emprender. Yo invoco en su favor toda vuestra atención, todo vuestro zelo. Su novedad, su grandeza, su misma incertidumbre exige de vosotros una aplicacion constante, una meditacion profunda, una paciencia heroica. Los cielos, la tierra, cuanto alcanza la vasta extension del universo, será materia de vuestra contemplacion; pero este admirable, este inmenso objeto, desenvuelto ante vuestros ojos y sometido al parecer á la jurisdiccion de vuestros sentidos, está mudo y silencioso para vosotros: nada dice todavía á vuestra razon, y nada le dirá mientras no la pongáis en comercio con la naturaleza misma. Conocerla, para perfeccionar vuestro ser; aplicar este conocimiento al socorro de vuestras necesidades, al servicio de vuestra patria, y al bien del género humano: ved aquí el fin de la nueva ciencia á que os preparáis. Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demas, y en la que todas buscan su complemento; y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educacion."

La economía de este discurso no nos permite reputar como plan la indicacion filosófica que hace el orador respecto del fin que tienen las ciencias naturales, que es la perfeccion del individuo, el socorro de las necesidades propias y el bien de todo el género humano: porque sin embargo de presentar por último al hombre como el rei de la naturaleza, elevándose por el conocimiento de ella hasta el trono de su divino Autor y perdiéndose luego en su inmensidad; la marcha del orador en toda la serie del discurso no supone ni tampoco sigue la distribucion que acabamos de referir. El carácter de la pieza es mas general y mui descriptivo, y bajo este respecto el plan consiste sin duda en el anuncio anterior de que va á discurrir un rato con sus oyentes sobre la importancia de las ciencias naturales. Este anuncio no puede mirarse como una idea filosófica que subordina á un designio marcado todas las ideas de la composicion: es mui indefinido y vago para ser desenvuelto con utilidad. Hablar

de la importancia de las ciencias naturales equivale á tratar de ellas; y este mas bien es el título de una obra, que la proposicion de un discurso académico. Para satisfacer este anuncio, se necesita por lo mismo componer la primera, ó dar al segundo el estilo de una declamacion. Grave defecto á la verdad es este con que luego tropezamos; pero mucha gloria para el orador el haber faltado al rigor de su anuncio en la manifestacion de sus ideas, pues como tendríamos ocasion de notar, supo Jovellános sorprender á cada paso á su escogido auditorio por el concurso de una vasta penetracion y de un gusto bien formado.

Mas ; cómo disculparémos la exageracion, ó mas bien la falsedad del pensamiento contenido en la última cláusula! ¿Puede sostenerse con seriedad que la física, &c., es por excelencia la ciencia del hombre! Dígase que ella perfecciona nuestro ser, que nos ministra datos abundantes para conocer las relaciones íntimas que hai entre lo físico y lo moral, admirar la sublimidad y magnificencia de Dios; pero considérese siempre este ramo como uno de los muchos que forman el árbol de los conocimientos humanos y no como su cumbre; y téngase mas bien como un medio de tantos que hai para elevarnos á la verdadera ciencia del hombre, á la filosofia moral, como dice Ciceron. ¿Y cómo aquella ciencia califica todas las demas, y cómo hallarán en ella su complemento? Si hemos de conservar todavía la significacion usual de estas palabras, no es posible negar que Jovellános pagó aquí un tributo al mal gusto de abandonar las nociones recibidas para colocar la ciencia ó arte, que se alaba, sobre todas las ciencias ó las artes.

"Acaso alguno de vosotros, desvanecido con los sublimes conocimientos de la matemática, se creerá capaz de penetrar al santuario de la naturaleza; pero habéis de saber que estáis mui léjos todavía de sus umbrales. Son por cierto mui importantes y provechosas las verdades que habéis alcanzado; pero serán estériles mientras no las aplicáreis al conocimiento de la naturaleza. Conocéis ya la cantidad y extension, grandes y esenciales propiedades de la materia; pero solo las conocéis en abstracto y como separadas de los cuerpos. Tenéis que investigarlas como unidas, como inseparables de ellos, y con todo nada alcanzaréis de la naturaleza mientras no las observáreis en los cuerpos mismos. ¿Qué importa que podáis calcular la rápida sucesion del tiempo, la inmensa extension del espacio y los progresos del movimiento; si el movimiento, el espacio, el tiempo son unos seres ideales y abs-



“ tractos, unos seres que no existen, si son nada mientras  
 “ no los consideramos como medida del estado y sucesion  
 “ de los entes reales! Debéis pues contemplar estos entes  
 “ en sí mismos, observar su accion, sus mudanzas ó fenó-  
 “ menos, y subiendo desde ellos á sus causas, investigar  
 “ aquellas eternas y constantes leyes que la sabiduría del  
 “ Criador dictó á la naturaleza para la inmutable conserva-  
 “ cion de su grande obra.”

El carácter distintivo de este pasaje es la solidez. Las matemáticas son todo para algunos que nada encuentran útil y grande fuera de la verdad geométrica, mientras á los ojos de muchos aparecen en extremo despreciables, como una ciencia puramente facticia, cuyas verdades no merecen rigurosamente este nombre, pues no son el resultado de la conformidad de nuestros juicios con las cosas, sino de combinaciones puramente convencionales. Para el Sr. Jovellános son un medio en alto grado preciso para progresar en el estudio de la naturaleza; verdad luminosa y oportunamente manifestada por el orador, puesto que dirigia su discurso á unos jóvenes, que habiendo hecho ya el estudio de las matemáticas, se disponian á penetrar en la naturaleza.

No habian pensado los antiguos de esta manera; y he aquí, á juicio del orador, la fuente de tantas hipótesis que prepararon en breve tiempo el reinado de los sistemas y por consiguiente de los errores. La enumeracion que hace de estos y aquellos, repasando ligeramente las sectas filosóficas, es muy perfecta bajo todos aspectos; pero nada resplandece aquí tanto, como la destreza y gracia con que descien- de á enumerar los prodigios que ha obrado en el campo de la investigacion la moderna filosofía.

“ No os detendré yo en la exposicion de unos errores que  
 “ la antorcha de la experiencia ha descubierto ya, y casi des-  
 “ terrado del mundo. Básteos reflexionar, que Aristóteles  
 “ fué ménos funesto á la filosofía por sus doctrinas que por  
 “ sus métodos. ¡Cuál de los antiguos, y aun de los mo-  
 “ dernos filósofos, se gloriará de no haber pagado su tribu-  
 “ to al error! Pero el método de investigacion señalado por  
 “ Aristóteles, extravió la filosofía del sendero de la verdad.  
 “ Este método era precisamente lo contrario de lo que de-  
 “ bió ser, pues que trataba de establecer leyes generales pa-  
 “ ra explicar los fenómenos naturales, cuando solo de la ob-  
 “ servacion de estos fenómenos podia resultar el descubri-  
 “ miento de aquellas leyes. Es sin duda muy ingenioso su  
 “ sistema de categorías y predicamentos, y lo es tambien el  
 “ artificio de sus silogismos; pero la aplicacion de uno y otro

“ fué equivocada y perniciosa. Su método sintético es ad-  
 “ mirable para convencer el error, pero no para descubrir la  
 “ verdad: es admirable para comunicarla, pero inútil para  
 “ inquirirla; y cuando la indulgente sabiduría perdonare á  
 “ este gran filósofo los errores que introdujo en su imperio,  
 “ ¿cómo le perdonará el haber cegado sus caminos y atran-  
 “ cado sus puertas?”

“ La gloria de abrirlas de par en par, estaba reservada al  
 “ sublime genio de Bacon. El fué quien con intrépida re-  
 “olucion y fuerte brazo quebrantó los cerrojos que tantos  
 “ esfuerzos y tantos siglos no pudieron descorder. El fué  
 “ quien aterró al monstruo de las categorías, y sustituyen-  
 “do la induccion al silogismo, y el análisis á la síntesis,  
 “ allanó el camino de la investigacion de la verdad, y fran-  
 “ queó las avenidas de la sabiduría. El fué quien primero  
 “ enseñó á dudar, á examinar los hechos, y á inquirir en ellos  
 “ mismos la razon de su existencia y sus fenómenos. Así  
 “ ató el espíritu á la observacion y á la experiencia: así le  
 “ forzó á estudiar sus resultados, y á seguir, comparar y reu-  
 “ nir sus analogías; y así, llevándole siempre de los efectos  
 “ á las causas, le hizo columbrar aquellas sábias admirables  
 “ leyes que tan constantemente obedece el universo.”

“ Por tan segura y gloriosa senda entraron á explorar la  
 “ naturaleza los hombres célebres, cuyos pasos debéis se-  
 “ guir, y cuyos descubrimientos darán tan amplia materia á  
 “ vuestro estudio. Sus útiles trabajos, ilustrando la gene-  
 “ racion á que pertenecéis, le dieron un derecho á mas al-  
 “ tos y provechosos conocimientos. Buscándoos vosotros,  
 “ reconoceréis por todas partes los caminos que anduvieron,  
 “ las huellas que dejaron estampadas en las vastas regiones  
 “ del universo. Allí veréis cómo Copérnico, desbaratando  
 “ los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió á restituir el  
 “ sol al centro del mundo, y fijar para siempre allí su inmó-  
 “ vil trono; y como Keplero en torno de él señaló nuevas  
 “ vías á los planetas, y dispó las sábias ilusiones de su maes-  
 “ tro Tico, en tanto que Harelío espiaba los inconstantes pa-  
 “ sos de la luna, y subia hasta ella para contar sus valles,  
 “ medir sus montes, determinar el espacio de sus mares, y  
 “ el gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol  
 “ para regir desde ella los escuadrones celestes. Allí ve-  
 “ réis á Galileo y Hagens ensanchar con la fuerza de su te-  
 “ lescopio aquel brillante imperio que debian poblar despues  
 “ el sabio Cassini y el laborioso Herschel, mientras Descar-  
 “ tes sometia el de la tierra á su sublime geometría, y Leib-  
 “ nitz penetraba hasta las primeras moléculas de la materia,



“ Torricelli encadenaba el aliento para pesarle en su balanza, Franklin estudiaba el fuego para apoderarse del rayo, y Priestley descomponia el aire para conocer su vária indole y su fuerza portentosa. Allí hallaréis á la intrépida cohorte de los quimicos destruyendo para reedificar, desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos, y remedar sus operaciones. Allí veréis cómo mas atentos otros á recoger hechos que á sacar inducciones, se derramaron por todos los ángulos de nuestro globo para ilustrar su historia. Cómo Kleint conversó con los cuadrúpedos, Adanson con los que cruzan la region del aire, Yonston y la Cepede con los que surcan las aguas. Cómo Reaumur se abatió hasta la rastrera república de los insectos, y Rondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nada, nada quedó por observar; nada por describir desde que Tournefort y Linneo se atrevieron á formar el inmenso inventario de las riquezas naturales, como si no fuesen inagotables. Hasta que al fin el inmortal Buffon, subiendo á los primeros dias del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, lustrando los cielos y las regiones intermedias, y corriendo con pasos de gigante toda la tierra, coronó aquel glorioso monumento que Plinio habia levantado á la naturaleza, y que debe ser tan durable como ella misma.”

En el primero de estos pasajes califica Jovellános con alguna exactitud el mérito de Aristóteles, y en solo dos proposiciones expresa dos pensamientos de aplicaciones mui fecundas y de importantísimos resultados en el sistema general de las ciencias. *Aristóteles fué ménos funesto á la filosofía por sus doctrinas que por sus métodos.* En efecto, siguiendo con escrupulosidad y desde su origen la marcha de los errores, la mayor parte de ellos consiste en los métodos que se han adoptado. Nos causa mucha sorpresa ver algunos hombres que, despues de haber consumido largo tiempo en los establecimientos literarios, y la mayor parte de su vida en el manejo de los libros, se encuentran incapaces de dominar una sola materia, de hacerla propia en cierto modo, de sistemar sus conocimientos y de ensayar libremente sus fuerzas intelectuales; pero todo se aplica mui bien desde que descubrimos el método que han seguido en sus laboriosas tareas. *Su método sintético es admirable para contencer el error, pero no para descubrir la verdad; es admirable para comunicarla, pero inútil para inquirirla.* He aquí la otra proposicion mui digna de observarse. Se ha disputado mucho sobre el silogismo: unos quisieran verle proscrito abso-

lutamente de las escuelas; otros le sostienen como la verdadera y única lógica. Jovellános ha dicho en una palabra cuanto basta para dirimir la disputa: porque considerado como medio de invencion, es no solo defectuoso, sino del todo inútil y positivamente erróneo, al paso que en el curso de una disputa que se empeña entre personas bien informadas en los principios de la materia, debe considerarse como un camino fácil y breve para llegar con ménos dificultades al fin de la controversia. Sin embargo, la expresion de ser este método *admirable para contencer el error*, es mui cáustica y muestra luego al partidario de la escuela sensualista.

La rápida distribucion que hace Jovellános en el tercero de estos pasajes, anuncia que poseia la materia y sabia distribuirla tambien con exactísima sobriedad. Mui oportunamente se sirve aquí de la perifrasis: porque una le basta para trazar el carácter y hacer el elogio de cada genio de los muchos que la historia tiene colocados ya en el santuario de las ciencias. No se puede decir que se distinguen aquí los pensamientos por la novedad, porque estos caracteres estaban descritos de antemano y ofecidos al alma bajo diferentes formas; pero tampoco es motivo este para censurar al escritor. Cuando se trata de la historia, la novedad, circunscrita solamente á la elocucion, es un atributo mui secundario; la esencia y el todo es la verdad. Por otra parte, la novedad pertenece al conjunto y no á los pormenores; y bajo este respecto el pasaje de que hablamos tiene toda la que cabe en una materia tan trillada, cualquiera que sea su mérito en sí misma, é inspira el mayor interes por las relaciones que tiene con el conjunto.

Descendiendo al exámen particular de algunas perifrasis, no podemos ver sin disgusto á Copérnico *desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo*, á Newton *alzándose sobre la candente masa del sol*, para regir desde ella los escuadrones celestes, ni á Kleint *conversando* con los cuadrúpedos. La perifrasis tiene uno de tres objetos: ó la claridad, ó la decencia y precaucion, ó la belleza. Ninguno de los dos primeros se propuso Jovellános en el empleo que hizo de todas las que se leen en este pasaje: porque enumeraciones de esta clase suponen ya un conocimiento de la materia por parte del auditorio; y la falta de este conocimiento de ningún modo se suple con la perifrasis; luego si ella se usa, no es para dar claridad al pensamiento. Las ideas en el fondo nada tienen de indecente, ni de peligroso, para que fuera necesario cubrirlas ó moderarlas con alguna circunlocucion; luego tampoco viene aquí esta con ninguno de tales objetos, y por



consigniente las emplea el orador con la mira única de embellecer el estilo de su discurso. Prescindiendo pues de la poca exactitud con que usa del verbo *desbaratar* en la primera perífrasis, pues para restituir el sol al centro del mundo se necesita un poco mas que desbaratar los cielos de Hiparco y Ptolomeo, todo es aquí mui humilde y acaso mas valiera no haber empleado la circunlocucion. No sucede lo mismo con el verbo *restituir*, tan felizmente usado por el orador. Se sabe mui bien, segun observa Dutens, que no pertenece á Copérnico, como vulgarmente se cree, la gloria de este descubrimiento; porque Pitágoras, Philolao, Nicetas, Platon, Aristarco y otros muchos de los antiguos hablaron en mil pasajes de esta opinion y habian colocado al sol en el centro del universo. El verbo *restituir* supone por lo mismo todas estas opiniones antiguas, y que la gloria de Copérnico consiste en haberles dado una nueva vida y hecho triunfar de las preocupaciones que habian hasta su época prevalecido. ¿Y no hallamos aquí un argumento nuevo contra el verbo *desbaratar*, de que ya hemos hablado? Además de la ventaja que ha obtenido la exactitud histórica con el uso del verbo *restituir*, adquiere una mui grande el estilo, porque es mui bello presentar al sol como un soberano sin trono por espacio de muchos siglos.

*El gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol.* Hé aquí una perífrasis no solo de mal gusto, sino extraña del todo al genio de la lengua: el verbo *alzar* usado como reciproco no corresponde aquí á ninguna de las acepciones que le da el Diccionario de la Academia, y tampoco le hallamos consignado en las obras de los buenos prosistas: la preposicion *sobre* subordinada al verbo es á la verdad mui peregrina en nuestra sintáxis, y el epíteto *candente* no ha recibido todavía carta de naturaleza en el idioma de Cervantes: es un latinismo que usado con mucha destreza podrá pasar en una oda sublime, pero mui pedantesco y ridículo en un discurso oratorio.

Tampoco gana mucho el estilo poniendo á Kleint *conversando* con los cuadrúpedos y á Buffon *lustrando* los cielos y las regiones intermedias: lo primero es mui exagerado en la idea y mui chocante en la expresion; lo segundo, aunque consignado en la lengua, pertenece mas bien á la poesía, y aquí se presenta con cierto aire de afectacion.

Pero en cambio de estas perífrasis defectuosas, cuántas otras llenas de hermosura! ¿Cuán bello es ver á Keplero señalando nuevas vias á los planetas, y disipando las *sábias ilusiones* de su maestro Tico; á Harelio espiando los incons-

tantes pasos de la luna, y á Torricelli encadenando el alienato para pesarle en su balanza! ¿Con qué interes no se pinta y exalta el genio de la química, cuando el orador ofrece á sus profesores á nuestra vista destruyendo para reedificar, desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos y remedar sus operaciones! No sé qué tiene de sorprendente la lengua española en la boca de Jovellános, cuando éste nos dice que Reaumur se abatió hasta la rastrera república de los insectos, y Rondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nos agrada mucho la fina vulgaridad con que se alaban los genios de Tournefort y Lineo, presentándolos ocupados en formar el inmenso inventario de las riquezas naturales. ¿Y qué dirémos del lugar que ocupa Buffon en esta galería de talentos? Si exceptuamos el verbo *lustrar*, nos sentimos heridos de la magnificencia que le circunda, cuando le vemos subiendo á los primeros dias del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, viajando por los cielos y las regiones intermedias, corriendo con pasos de gigante toda la tierra, para coronar aquel glorioso monumento que Plinio habia levantado á la naturaleza y que debe ser tan durable como ella misma. Sin embargo, la verdad en extremo zelosa de sus fueros, parece reprender aquí un olvido absoluto, cuando se aplaude sin medida y sin reparo, por solo el mérito del ingenio y los primores del estilo la obra maestra de Buffon, en que abiertamente lucha con la verdad histórica, tal como la presenta Moises, el mas antiguo de los historiadores y el mas sublime de los filósofos.

Despues de haber hecho esta reseña general, se prepara el orador á sorprender el espíritu de sus oyentes con la inmensidad de la naturaleza y las maravillas inefabables que hace admirar particularmente cada uno de sus fenómenos. “¿Queréis formar, dice, alguna idea del gran sistema de que somos una pequenísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupáis dista sobre veintisiete millones de leguas del sol, que es su centro: que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos y sesenta y cinco millones de leguas: que el planeta Urano, columbrado en nuestros dias, dista todavía mas de Saturno, que Saturno del sol: que todavía se alejan mas y mas de él los cometas en sus giros excéntricos: que todavía la flaca razon del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.”

La mira del orador es grandiosa, porque nada mas á propósito para interesar en el objeto, que pintar á la imaginacion su magnificencia y sublimidad; pero el modo con que



procede aquí es demasiado frío; y si podía tener cabida la computacion de estas distancias en el género didáctico, no sucede lo mismo en la oratoria que desecha como una languidez positiva semejantes procedimientos; y gusta siempre de retirar los límites cuando pinta la inmensidad, y de hablar en cierto modo con expresiones indefinidas que eleven el entendimiento, le arrebatan, le trasporten, sin permitirle aquella quietud y reposo en que naturalmente se coloca cuando solo ejercita la reflexion. ¿Queremos un ejemplo magnífico del modo con que la elocuencia procede en la expresion de semejantes ideas! No necesitamos salir de este discurso, sino recorrer solamente algunos de sus pasajes.

La imaginacion se siente abrumada, la reflexion ve debilitarse sus fuerzas, todo el hombre se pierde en la inmensidad de la creacion al escuchar el siguiente trozo.

“Y qué, cuando los hubiese alcanzado, cuando pudiese trasportarse hasta ellos, ¿divisaria desde allí los términos de la creacion! Preguntadlo á esa muchedumbre de estrellas fijas, que en el silencio de la noche veis centellear sobre los remotos cielos. Parece que su número crece cada día al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos, y cada día nos hace ver que el Altísimo las sembró como brillante polvo en el espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les fué señalado, cada una es un sol, centro de otro sistema, en torno del cual giran sin duda otros cuerpos opacos, acaso en torno de estas otras lunas como las que siguen nuestro globo y el de Júpiter. He aquí lo que alcanzamos: pero ¿quién adivinará dónde empieza ni dónde acaba la naturaleza inaccesible á nuestros débiles sentidos! ¿O quién comprenderá los límites de la creacion, sino aquella suprema inteligencia, que encierra en su misma inmensidad el vastísimo imperio de la existencia y del espacio!”

No sería difícil acaso hallar mas grandeza oratoria, para la expresion de esta misma idea, en algunos escritores franceses; pero no es nuestro ánimo buscar ejemplos en otro idioma que el español; ni por otra parte hai motivo para esto, cuando el trozo es bueno en sí mismo, y no faltan en él rasgos eminentes que nada envidiarían á la mas sublime elocuencia. Tal nos parece el que presenta *creciendo cada día el número de las estrellas al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos*; y las palabras faltan para exaltar el poder de una imaginacion que ha mirado al Altísimo sembrándolas como brillante polvo en el espacio inmensurable.

¿Pero cuánto mas bella, sin embargo de no ser tan subli-

me, se nos presenta la luz bajo el pincel de este excelente artista! “Emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes cabelleras de los cometas remotísimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un oceano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante mas duro, pero flexible hasta ceder al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe; no visible en sí, hace visibles todas las cosas. Simple é inmaculada, ella las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y extenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos.”

Es lástima que la suprema delicadeza que tanto resplandece en esta bellísima descripcion de la luz, esta novedad y gusto con que se introducen, mencionan y combinan sus atributos característicos, y donde no acertamos á distinguir un punto de separacion entre la poesia y la elocuencia; es lástima, decimos, que no se reconozcan igualmente, cuando se oye hablar del calor, del fuego, del aire y del Océano. Dejemos aparte el error con que al calor se llama fuego elemental, al aire fluido elemental, y al agua un elemento, inexactitudes en extremo visibles; porque sin salir del estilo, encontramos aquí varias cosas que nos disgustan. Sea lo primero cierta especie de dislocacion que se nota en los pensamientos, donde léjos de descubrir una verdadera propagacion oratoria, los vemos unidos mas bien con ocasion de las palabras. Sea lo segundo ciertas formas que tienen mas analogía con las definiciones escolásticas que con las descripciones magníficas de la elocuencia. Si el orador las hubiera suprimido, el discurso habria ganado mucho, pues á continuacion de ellas le vemos elevarse igualmente por la grandeza de las ideas y la rica pompa de los giros. No copiamos aquí todos estos pasajes, porque deseamos aprovechar nuestras páginas trasladando algunos otros en que sentimos todo el embeleso de la imaginacion y el talento, sin que nos disguste ninguna deformidad.

Sea el primero de todos el siguiente, en que el orador, bajándose á la tierra, presenta de golpe á su auditorio un magnífico cuadro. “Pero nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que os presentará los objetos mas dignos de vuestra contemplacion. ¿Qué nos importaria el conocimiento de los seres superiores, si no fuese por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo! ¡Oh! ¿Cómo resplandece sobre él la beneficencia de Dios! Do quiera que volvais los ojos, hallaréis impresa la marca de